

LOS PUEBLOS

Advertimos a nuestros amables lectores, que hoy ponemos al cobro los recibos correspondientes a la suscripción del mes actual.

Durante todos los meses, haremos lo propio: aparecido el tercer número del mes, pondremos en circulación los recibos.

LABOREMOS POR LA PAZ

Estamos asistiendo a una sorda lucha que acabará cuando quede borrado del mapa un nombre: el de Elche. Nos referimos a la famosa huelga de alfareros.

Todos los intentos conciliadores han fracasado. Y mientras, los pequeños sin pan, los hombres arrastrando su tristeza y los hogares sombríos.

No hay luz en los horizontes. ¿Se acercará la fin del mundo?

Brindamos nosotros, modestamente, una fórmula de arreglo. No vemos otra solución que ella. Pero se ha de aceptar por ambas partes sin conocerla. Ponemos como garantía de justicia y equidad nuestro nombre honrado.

¿Estamos conformes? No habrá entonces vencedores ni vencidos, sino hombres que celosos del progreso de la región se disponen a trabajar para que Elche conquiste nuevamente su nombre glorioso de ciudad fabril y progresiva.

Obreros y patronos, con su conducta, no hacen más que perjudicar a Elche y a la región.

Doctor Jerónimo Sánchez Pascual

Consulta general de Medicina y Cirugía: Diaria de 11 y media a 1 Abadía, 7, 2.° — ELCHE

ECOS LOCALES

Auras de paz

En estos días y en consecuencia de la probable excursión artística de «Blanco y Negro» a la vecina capital francesa, se ha hablado bastante acerca de la fusión de las dos bandas de música de la localidad.

La unión de «Blanco y Negro» y «Los Noveles» precisa, es necesaria; ha llegado la ocasión de deponer actitudes y de dejar en olvido pasadas rencillas.

A fuer de jóvenes y de amantes del arte, rogamos a directores y profesores de ambas colectividades que se den un abrazo fraterno y resurja potente y vigorosa, aquella famosa banda de música, doblemente laureada, que supo conquistar en noble y honrosa lid tímbras de gloria para nuestra querida ciudad.

Tejer y destejer

Nuevamente y en esta semana han habido negociaciones para solucionar el conflicto social reinante. En esta vez han actuado: por los obreros, Vicente Barrio; y por los patronos, Juan Martínez Fuster, y una vez más han fracasado las buenas intenciones de los señores del arreglo.

Desde el curso de este ruinoso conflicto, han intervenido y en diferentes ocasiones para armonizar a los contendientes. Las autoridades locales; sociedades artísticas y representaciones de las fuerzas vivas de la localidad; Unión Mercantil; delegado del Gobierno señor Palacios; don Leopoldo González; don Vicente Barrio. Seis intenciones han habido y no sabemos si se nos olvidará alguna, todas han corrido la misma suerte.

Todos los que han terciado en el asunto, tienen autoridad y prestigio suficiente para allanar cuantos escollos se presenten y poner fórmulas de arreglo. La solución esta más nebulosa que nunca. Las dos potencias, están irreconciliables e influenciadas de pasiones que son las que dificultan todos los trabajos que se encaminen para la solución de la gran cuestión.

Y adelante, en esta lucha infernal; y mientras, que el pueblo espere, espere...

Las lluvias

Llevamos próximamente un mes, que salimos a casi lluvia por día.

Los campesinos y terratenientes se muestran satisfechos y contentadizos, por las buenas condiciones que encuentran sus plantíos. ¡Buen año de melones!

Como siempre no hay causa sin excepción, pues resulta que algunos de los más adelantados tenían la cebada en gavillas extendidas en los bancales se muestran entristecidos porque la mies ha negreado. No hay que apurarse, señores míos, porque nuestro eminente Eduardo está ensayando un experimento para hacer revenir el color perdido.

Para los que habitamos en el pueblo y tenemos la desgracia de no disponer de impermeable y de chanclos, nos resulta esta prolongada serie de lluvias una continua lucha entre el agua y el barro.

Pero todo tiene su límite, y casi todo su remedio, porque contamos con que nuestro alcalde don Antonio Rodríguez ordenará la inmediata limpieza de las calles y podremos pasear sin exposición de lastimar los pantalones.

Y garantizaríamos nuestra vida por completo si el Sr. Cura de Santa María se dignase ordenar la inmediata desaparición de la ruinoso cornisa del templo que regenta, y de esta manera nos evitaríamos el tener que lamentar probables desgracias si continúan los desprendimientos de la citada cornisa, como ocurrió días pasados, que milagrosamente no hubo ninguna víctima. Queda enterado don Bernabé del Campo.

Hamlet

NOTICIAS

En «Coro Clavé», el pasado lunes, dió una conferencia acerca del problema social y sus nuevas orientaciones, el propagandista obrero Vicente Barrio.

—Ha sido bautizada, la hija de nuestros queridos amigos Antonio Moreno y Angeles Rodríguez, siendo apadrinada por el joven Mannel Segarra y la señorita Encarnación Amorós.

—Esta tarde y si el tiempo no lo impide, se verificará la procesión de San Pascual Bailón, la que recorrerá las calles de costumbre.

Asistirá la banda de música Blanco y Negro y a la entrada del Santo en la Iglesia de San José, se disparará un bonito castillo de fuegos de artificio.

—El jueves y en la Iglesia de Santa María, contrayeron los indisolubles lazos del matrimonio, la encantadora señorita Pascualita Boix Fenoll con el particular amigo nuestro Antonio Sánchez Torres, hijo de nuestro antiguo camarada en la prensa Antonio Sánchez Bernad.

A los nuevos esposos deseamos próspera e interminable luna de miel.

—El pasado sábado y en el Teatro Llorente, conferenció el naturista Doctor Canetti, quien habló a la numerosa concurrencia del régimen vegetariano y de su influencia en la conservación de la vida.

GRAN PELUQUERÍA

“EL FÍGARO”

Servicio esmerado

Frente al H. «LA CONFIANZA» — ELCHE

CANCIONERO

¿Sueño o realidad?

Soñé, y en sueño profundo
vi nuestra noble ciudad
gozar de paz y equidad,
sublime amor, de armonía;
vi en sueños que llegó el día
de la gran fraternidad.

Que la vida retornaba,
que Elche entraba en nueva vida,
que aquella lucha reñida
que el pensarlo daba horror
trocóse por el amor
libertad bien entendida.

Y vi confraternizar
en la fábrica y taller
al hombre, niño y mujer;
encargados y patronos
y el grito de abajo enconos
extenderse por doquier.

Vi marchar, cual densa nube,
los odios, bajas pasiones
y romperse en mil girones
la ambición y el egoísmo,
dando paso al patriotismo
que engrandece las naciones.

Todo en su estado normal
vi en mi sueño o fantasía:
un pueblo que resurgía
tras una lucha cruenta
y después de la tormenta
el iris de paz lucía.

Pero qué gran decepción
la que sufrí al despertar:
oí en la calle gritar
y asomado en mi balcón,
presencí una discusión
tan reñida en la moral,
que exclamé: esto está mal;
de oír más no tuve empeño:
fué ilusión: sólo fué un sueño:
las cosas siguen igual.

Alfredo Rico

Rápida

Pasó gentil, fugaz, como estela que
se bifurca por el horizonte. ¿Quién
era? ¿por qué causó en mi corazón, en
mi ser, aquel estremecimiento involun-
tario? No me lo supe explicar;
existen cosas, azos en la vida de la
humanidad, que nadie puede contestar
con debida exactitud.

Al día siguiente, volví a la misma
hora para ver si pasaba aquella dami-
ta que tanto efecto había producido
en mí, y—¡qué felicidad!—a la hora
justa, exacta, pasó; ya no me detuvo;
quise saber, indagar quién fuese y
penetré con disimulo y como distraído
en una casa de apariencia señorial, y
al preguntar me dijeron que era la
institución de los hijos del marqués

X; indiqué cuándo solía salir y me lo
dijeron. Aproveché el tiempo, me atri-
calé para parecer mejor y, tan pronto
la vi, fui a ella y a los saludos
contestóme ligera, nerviosa: «No se
moleste, caballero; lo sé todo y... yo
a pesar de mi juventud no puedo
amar.»

Y alejose, e' parecido un perfume
de mártir.

¡Adivine el lector! Era una víctima
más de la sensualidad moderna; amó
un día; creyóse corresponsable y el se-
ñor, una vez conseguido su crimi-
nal objeto, voló. ¿Son tantas!

Teodoro Velasco.

Villena-13-5-921.

Al sonar de la guitarra

Son los... adornos frontales
cual los dientes, a mi ver,
cuando salen hacen daño.
luego ayudan a comer.

Tienen tus ojos destellos
de la luz del alba para;
tienen tus lindos cabellos
de la endrina su negrura;
tienen tus dientes los... sellos (1)
de la nieve, por su albura,
y tienen tus labios bellos...
«una arroba de pintura».

Tiene Juan el Molinero
una mujer hechicera
a quien siempre está «zurriendo»,
por celos, de atroz manera;
y tal «leña» hoy le está dando
que «dicen que está llorando
la molinera.»

José Alfonso

(1) Conste que estos sellos no hacen nin-
guna alusión a los de Correos: la fuerza del
consonante obliga a mucho más que las céle-
bres «hormigas blancas».

Vermout TORINO

Se recomienda por sí solo
PUCCINI C. - REUS

Agente general:

F. QUILES CORBI-MONVAR

Admite representaciones de casas nacionales y
extranjeras; para las provincias de
Alicante y Murcia

Para pedidos en ALICANTE:

Calle Bazán, núm 37

Provaque usted **LOS PUEBLOS**

LETRAS DE LUTO

Hoy día 22 hace un año que falleció en la
ciudad de Hellín, a la edad de 16 años, victi-
ma de un desgraciado accidente, el infortuna-
do joven Angel Trujillo Meseguer, hermano
de nuestro colaborador José María Trujillo y
pariente de nuestro gerente don Juan Sansano.

Con tan triste motivo enviamos nuestro
más sentido pésame a su distinguida familia,
muy especialmente a su señora madre y a
nuestro colaborador señor Trujillo.

A la avanzada edad de 70 años ha entregado
su alma a Dios, en Madrid, el pundonoroso
caballero don Pelegrín García Corcha, padre
político de nuestro fraternal amigo y compa-
ñero, el jurisconsulto y laureado poeta don
José Vicedo Calatayud.

Tanto a éste como a su distinguida esposa
doña Amalia-José García Domínguez, envia-
mos la expresión de nuestra pena.

Demandamos a nuestros lectores una ora-
ción por el alma del finado.

PLUMA Y TIJERA

La señora a la criada, que acaba de
volver de la compra:

—¿Te has acordado hoy de ver si
el carnicero tenía patas de cerdo?

—No, señora. ¿Cómo lo voy a ver, si
el carnicero no va descalzo?

—¿Cuál es el colmo de la fuerza?

—Doblar una esquina.

Para juzgar una vez más de la ver-
dad que encierra el aforismo popular
«nadie es profeta en su patria», basta
apuntar los hechos siguientes, que
vienen a demostrar que «en todas par-
tes cuecen habas», aunque en España
se cuezan a calderadas.

En Francia se usa mucho el termó-
metro centígrado de Celsius, «un
sueco».

En Suecia prefieren el termómetro
de Leslie, «escocés».

En Alemania, en Austria y en Ru-
sia, se emplea el Reaumur, «francés».

En Inglaterra y en América, goza
de mayor favor que los nacionales, el
termómetro «alemán» de Fahrenheit

En Esequia la edad legal para el
matrimonio es la de catorce años para
los hombres y de doce para las mujeres.

El pino llega a una edad máxima
de seiscientos años, el álamo a ciento
treinta, el alerce a doscientos setenta
y tres, y la encina a ciento setenta.



D. Pedro García Acín

El cuerpo de prisiones ha quedado privado de uno de sus más fervorosos servidores. Nos referimos al señor García Acín, que últimamente ha sido jefe del correccional de Monóvar.

Cuando supimos la noticia de sus propósitos, de consagrarse exclusivamente a la vida del hogar, después de largos años de servicios, acudimos a verle.

Nos recibió en el correccional con proverbial galantería.

Y comenzamos el interrogatorio:

¿...?

Llevo 44 años de servicios al Estado, 36 de ellos en el Cuerpo de Prisiones; he dirigido las prisiones de Alicante, Baleares, Cuenca, Ciudad-Liñeal, Jaén, Jerez de la Frontera, Castuera, Valdepeñas, Gijón, otras y por último la que ustedes pisan y prestado servicio en otras varias.

¿...?

Si; he luchado con verdadero amor por donde quiera que he pasado, particularmente en la prisión de Alicante, cuando se inauguró la que actualmente ocupan, y en la de Gijón en circunstancias harto difíciles por la anarquía que reinaban, debido al caciquismo y a la falta de personal. Y también en el Hacho (Africa) por ser donde encerraban a los incorregibles de cadena perpétua.

¿...?

Los reclusos no son malos ni buenos; son adoptables y generalmente depende de lo que sean sus jefes; pero para que sean buenos, precisa que sus superiores posean aptitudes especiales adecuadas al fin que se persigue; se requiere estar dotado de energía y de resignada cualidad del Maestro para

encauzar por la senda del bien al que por desgracia o accidente fortuito y al que por haber obrado mal ingresa en estas «casas». Es un grave error creer que nuestra misión consiste tan sólo en la seguridad del prisionero; nuestra misión, a más de la anterior, consiste, cuando disponemos de medios en las funciones pedagógicas más elevadas, como son las enseñanzas industrial, moral, física y literaria del recluso: en pocas palabras, nuestra misión es la del médico, la del maestro, la del sacerdote y la del sirviente.

Para tales menesteres se necesita hacer con ellos la vida común para observar sus inclinaciones y aplicar a su debido tiempo la profilaxis; se requiere un asiduo trabajo que tiene por escenario el presidio y por personajes en acción seres enfermos del cuerpo y del alma, en que la perversidad unas veces y el mal siempre actúan como agentes directores de sus actos. Y así un año y otro año sin esperanzas de cambiar de vida y sin otra satisfacción que la del deber cumplido y la que se proporciona a la sociedad cuando se la devuelve a su seno seres, que si antes fueron nocivos, hoy son curados, y por tanto, capaces de laborar para el bien común.

¿...?

No, señores; mucho me queda aun por hacer; faltan muchas miserias que remediar; espero mejorar en lo posi-

ble el abandono en que se encuentra la población penal, no por falta de celo de las autoridades locales, sino por el deplorable estado pecuniario de las Corporaciones. Los reclusos carecen de mantas, petates; de los enseres más precisos de enfermería; tienen que sufragar de su bolsillo los servicios de lavados de ropas, de afeitado y otros, y algunas veces pagárselo nosotros.

Pasamos al interior y nos sorprendió las condiciones higiénicas que reúnen las dependencias, dados los escasos medios con que cuentan para estos servicios.

¿...?

La criminalidad, según los jurisperitos, la clasifican en pequeña, mediana y grande; pero los modernos criminalistas la dividen:

1.º En naturalezas débiles, inertes, sin voluntad, que sin resistencia y sin repugnancia se dejan arrastrar hacia el mal. Estos son los abúlicos.

Hay otros que son de imaginación ardiente, viva, que se exaltan fácilmente y que en un momento de exaltación los precipita en el delito (generalmente a los atentados). Estos son los «coléricos» o también los «impulsivos».

2.º En gente corrompida que, careciendo de dignidad y de respeto, sienten un desmedido amor a los placeres. A estos podemos denominarlos los «viciosos».

Hay otros que combinan, que piensan, que buscan la coartada y no vacilan en sacrificar a sus compañeros y jefes con tal de vengarse o de conseguir algún beneficio, por pequeño que sea. A esta clase corresponden los «calculadores».

Otro célebre criminalista, creo que Garófalo, distingue a los criminales en delinquentes «instintivos» y en delinquentes «fortuitos»: aquéllos se caracterizan por la falta de sentido moral y el desarrollo de los instintos egoístas y éstos por debilidad orgánica y la falta de valor para resistir a los impulsos provocados por el mundo exterior.

Salimos complacidos y con ánimos de seguir interrogando sobre la delincuencia y sobre las teorías del crimen.

**

Notas Poéticas

DEL "CANTO A LA ARGENTINA"

Hombres de España poliforme,
finos andaluces sonoros
amanes de zambros y toros;
astures que entre peñascos
aprendisteis a amar la augusta
Libertad, elásticos vascos
como hechos de antiguas raíces
ruza heroica, raza robusta,
rudos brazos y altas cervices;
hijos de Castilla la noble,
rica de hazañas ancestrales;
firmes gallegos de roble;
asturianos y leoneses
que heredasteis los inmortales
fuegos de hogares latinos;
iberos de la península
que las huellas del paso de Hércules
visteis en el suelo natal;
¡he aquí la fragante campaña
en donde crear otra España
en la Argentina universal!

Rubén Darío

Ya don Pedro García Acín no reside en Monóvar:

Ha sustituido a este probo funcionario otro no menos inteligente y digno: don José Montecatini, al que prometemos una visita.

A UNA MUJER

Sin duda era insensatez aleva, sin duda a la moral fue grave injuria; pero es lo cierto, amor, que con lujuria basé tus carnes blancas como nieve.

Tú confiada ya de la batalla, creyéndome de ti hechizado y loco, dominarme quisiste poco a poco con un instinto, por demás canalla.

Y hoy que me ves curado de la herida que en mi alma hiciste, al amargar mi vida; hoy que ya vivo, como arbusto, recio,

y que vuelvo a la vida como un niño, vienes a recordarme tu cariño, ¡mientras yo, dignamente, te desprecio!

José P'era Vicento

Doloroso recuerdo

A la memoria de mi hermano Angel, con motivo del primer aniversario de su muerte: : :

¡Un año!... Cómo pasa el tiempo; cómo se suceden una hora y otra hora, un día y otro día, un mes y otro mes. La cadena de la vida va dejando tras de sí una estela oscura, dolorosa... de imborrables recuerdos.

La desgracia, hasta entonces alejada de nuestro hogar, se agolpó de una vez; la bomba estallaba y el ruido era ensordecedor. La locomotora, con su forma gigantesca, aplastaba el cuerpo de una débil criatura, cortaba el hilo de la existencia de un joven fuerte, robusto; la muerte arrastraba una vida vigorosa, dejando la desolación de la tragedia en el seno de una familia hasta entonces feliz y dichosa.

Ha pasado un año y todavía conserva mi espíritu la angustia de aquellas interminables horas en que aguardaba la realidad, la fatal realidad de la tragedia.

El destino se cumplió; la muerte segaba una vida en flor, llevándose consigo un cuerpo robusto y vigoroso, un alma enferma.

La realidad de la vida dejaba en

nuestro espíritu la amargura de aquellas horas de indolable angustia.

Después de tu trágico fin, la muerte, no satisfecha con llevarse tu existencia, segaba dos vidas más: la de nuestro hermano Ignacio, postrado en cama desde días atrás, dolorido por la fausta nueva, cuya triste noticia no se le pudo ocultar, y la de nuestro idolatrado padre, que a su edad, ya algo avanzada, no pudo hacer frente a la vida, a aquella vida en extremo dolorosa que las fatales circunstancias habían impuesto. No sé cómo nuestro ánimo ha podido resistir tan tremendos golpes.

El tiempo no borra ni podrá borrar jamás la amargura y la angustia de aquellas horas de indescriptible dolor, en las que nuestra mente se resistía a creer la realidad, ni el recuerdo, que vive grabado en nuestro corazón, de tu trágico fin.

¡Descansa en paz, infortunado y querido hermano Angel, mientras el que lleva la misma sangre que tú llevaste va arrastrando la amarga cadena de la vida, la cadena cruel y dolorosa del destino fatal!

José María Trujillo

Alicante.

La escuela en España

¡Castilla!... Castilla parda y áspera, Castilla ruda y noble, abierta a la ilusión y al ideal... Curtida como mujer feraz y pródiga que se ofrece al sol que abrasa y purifica... A través de los versos de Zorrilla y del inmenso Gabriel y Galán, el amable poeta de la santa ternura, vemos el hogar castellano, remanso en el dolor de la batalla, hogar abierto al campo y a la suave claridad del día, hogar donde los besos de la pasión se hacen caricia sobre la frente de los hijos, hogar donde el trabajo santifica el sueño y es el cansancio un himno a Dios; bendito hogar castellano, abierto al campo como una conciencia a la cual los pecados no descendieron y quedaron al borde, trocados por la magia del sol en siempre vivas!...

¡Madre Castilla! ¡Qué bella y qué augusta a través de los rosados cristales de los mágicos versos! ¡Qué desolada y qué inhospitalaria en la cruel

realidad de todos los días! ¡Qué grande en los poemas de la historia y en las viejas leyendas de los siglos! ¡Qué triste y agresiva en la realidad de los días presentes!...

Castilla es pobre, es sordida, es miserable. Un camino polvoriento, el sol implacable y el eterno peregrino de la coreusida angarina. Casas de adobe a lo lejos... Un campanario pardo... Un menguado arroyuelo... Una Escuela desvencijada e inhabitable y unos niños descalzos que se debaten en el estiércol fraternizando con cerdos y gallinas... Allí, un Maestro que gana veinte duros, que gana catorce duros o que gana ocho duros al mes, que a veces tiene hijos, que a veces no come, que nunca come bien y a quien queremos exigir que tenga ideales... ¡Ideales de ocho duros al mes! ¡Castilla!...

En el pueblo gris, en este inominado pueblo gris español que lo mismo puede ser el de Rusiñol que el de Azorín, pero sobre todo en el pueblo gris castellano, existe un amor inmenso: el amor a la tierra, ese amor a los surcos que tan bien describe Zola y que tan ahincadamente sienten algunos de los miembros de la familia de los Rougon, ese amor a la tierra, a esta tierra seca y agresiva que se lleva todos los amores, toda la sangre y toda la vida de los hombres castellanos... Los niños nacen fatalmente proyectados hacia el campo. Inútilmente apunta en ellos alguna predisposición, alguna tendencia hacia otra esfera distinta. El campo los reclama y los arranca de la Escuela y los lleva a la siembra o a la recolección, a la eterna faena, agotándose ellos, secándose ellos, esterilizándose ellos, los niños de Castilla, mientras cultivan fatalmente esta tierra ingrata abonada no sólo con el sudor de los padres, sino con el porvenir de los hijos...

Y cuando el campo no deforma sus cuerpos encorbandolos sobre la tierra viene la política a deformar los espíritus de los castellanos abrasándolos en una pasión insana y violenta. Por la política luchan ferozmente, sin darse cuenta la mayor parte de las veces de por qué luchan, aunque siempre se la dan de «por quién» luchan... Y cuando uno de estos vientos africanos pasa por Castilla, allá va rodando todo en

desenfrenada avalancha: la Escuela, el cura si es preciso, el Maestro, aunque no sea preciso: todo rueda, a todo se ataca por conseguir el triunfo... Y cuando pasa el huracán y espera uno hallar alguna mejora que justifique tanta violencia, algún progreso que disculpe tanta ferocidad, encuentra las mismas casas de adobes, la misma desvencijada Escuela, los mismos niños descalzos hozando sobre el estiércol, los mismos Maestros con catorce duros al mes... Nada más... ¡Ah, sí!... Un personaje más en el Congreso que declara acerca de la conveniencia de regenerar a España...

Luis Linares Becerra

CUENTOS ILICITANOS

ENTRE PALMERAS

Quien dijera que la felicidad no es compatible con la pobreza, no estaría del todo acertado en su razonamiento, que si bien es verdad que las riquezas facilitan los medios de conseguirla, no lo es menos, que en ocasiones suele mostrarse esquiva a sus halagos.

Salvoret era pobre, rematadamente pobre, y no obstante, considerábase como el hombre más feliz del mundo. ¿Por qué? Porque vivía sin ambiciones, sin deseos que suscitasen la envidia y despertaran el odio en su alma candorosa, que sabía a sencillez de margarita.

Era ya entradito en años cuando contrajo matrimonio con Dolorettes, una muchacha muy virtuosa metida en sus treinta cumplidos, que a la muerte de sus padres fuese a vivir con unos parientes que se creyeron con derecho a explotarla.

La conoció Salvoret una hermosa tarde dominguera paseando con los amigos en la «Glorieta», y sugestionado por la suave melancolía de aquellos ojos garzos que acariciaban al mirar, sintió una extraña sacudida en el corazón. Y al discurrir de los días, comprendió que estaba flechado del travieso Cupido.

Empezó a cortejarla; la pidió relaciones; y como ambos estaban en edad para no malgastar el tiempo en vanos requilorios, una apacible mañana del riente Abril, el cura bendijo la unión

de aquellas almas hermanas, que nacieron para el bien y el amor. Y queriendo colmar de felicidad al enamorado matrimonio, les nació un niño, un precioso querubín, rubio como la mies sazónada, y con unos ojos que di-ríanse doscazitos de cielo primaveral.

Locos de contento con el pequeñín, pensaron que la vida es muy hermosa; y si alguna vez tuvieron penas, con los besos del hijito las dieron pronto al olvido.

Trabajaba Salvoret en su oficio de palmerero; unas veces en la peligrosa «escarmunda», empuñando el «corbelló» que cortaba de un golpe cetero las palmas inútiles; otras «sencanats», «encaporuchant» algunas, y «munint» la mayor parte del año. Y aunque no era gran cosa el jornal que percibía por una larga jornada de trabajo, con lo que ganaba Dolorettes haciendo «bordo» después de atender a sus quehaceres domésticos, vivían, si no con holgura, lo sobradamente bien para pensar un poco en ser dichosos.

Pasaron los años. Pepet era ya un robusto zagolón de doce a catorce abriles, con lo que también aportaba «su granito de arena», trabajando como aprendiz de «costurero».

Era de ver la felicidad de aquellos padres que adoraban con el hijo único que les naciera de un amor tardío, pero vehemente y extremado en su natural sencillez. Pepet, que era bueno como el pan tierno de candeal, amaba apasionadamente a sus progenitores. Y en aquel hógar modestísimo que tenía por base el trabajo, casi siempre penoso y pagado muchas veces con vergonzosa deficiencia, jamás la miseria se atrevió a poner los pies; que en la casa del hombre laborioso, el hambre suele pasar de largo mientras no falte el jornal.

Era Dolorettes una excelente administradora que realizaba verdaderos prodigios de economía, no faltándola nunca en el fondo del arca unos cuantos «amadeos», que destinaba a proveer de prendas al muchacho que iba haciéndose «fadrinet», o bien para cubrir necesidades en caso de enfermedad y escasez de trabajo.

Con la llegada de Octubre agudizó la crisis en la industria alpargatera, y como no tenía en qué ocuparse, Pepet

acompañaba diariamente a su querido padre en las faenas del huerto; y mientras éste escalaba intrépido con ayuda de la «córda» de múltiple trenzado las palmeras más erectas y dificultosas, él recogía, siempre complaciente, los dátiles que escapaban a los dedos ágiles, o que al desprenderse de la rama, rebotaban en la «saranda» yendo a parar entre la hierba que verdea en las acequias sin agua. Y al bajar el «servail» rebosando riquezas del índigo fruto, Pepet llenaba la enorme cesta; y cargando con todo aquel peso, la llevaba a la casa, donde unas mujeres, sentadas bajo el «umbrall» en derredor de una vieja mesa de pino, hacían la «tría» de los dátiles que iban a parar en diferentes «cabasets» de esparto.

Con el otoño triste sollozaron las brisas, y los árboles lagrimearon la pompa derrotada de sus frondas rumorosas.

La ciudad parecía como muerta en la desolación de aquella epidemia sembradora de desgracias. En aquellas calles y plazas convertidas todas en talleres, ya no resonaba el golpear del «chamaril» para hermanar las suelas de yute o cáñamo, que fabricaba el «costurero» montado sobre el «clavileño» de sus aspiraciones. De las fábricas no salían las notas de una vieja habanera entonada alegremente por cien voces juveniles, que armonizaban la rudeza del trabajo excesivo con el encanto de una romanza de amor.

La gripe producía verdaderos estragos. Fueron aquellos unos días de angustia, de ansiedad; las calles en silencio parecían como sobrecogidas de espanto. Y el cierzo que mugía quedamente, se dijera que venía poblado de mil fantasmas siniestros.

Una tarde, mientras el sol replegaba las galas de su manto de oro y púrpura, volvía Salvoret del huerto con un malestar que le tenía inquieto. No quiso cenar y se acostó temprano. Dolorettes dijo de llamar al médico, pero Salvoret se opuso. ¿Para qué? Aquello no era nada. Ya se conven-cería a la mañana siguiente cuando madrugara como de costumbre para cumplir su cotidiana tarea. Y no pudo levantarse. Una fiebre exhorbitante le consumía; era la gripe que amenazaba tronchar aquella vida tan querida de los suyos.

Doloretas desesperaba adivinando la catástrofe. Las defunciones acentaban de un modo espeluznante, y para no alarmar al ya atemorizado vecindario, las campanas cesaron de gemir la fúnebre oración de despedida.

En casa de Salvoret los apuros empezaban. La crisis de irabajo era completa, y los ahorros que Doloretas realizara a costa de verdaderos sacrificios, anunciaban su pronto y total agotamiento.

¿Qué hacer? Pepet, que a pesar de sus pocos años casi infantiles, discurrea y pensaba como un hombrecillo prematuro, comprendió la eficacia de ganar algunas pesetas que aliviasen aquella situación verdaderamente insostenible. Pero, ¿en qué ocuparse? La idea de suplir a Salvoret en su rudo trabajo, se intensificaba en su mente. Y una mañana, resuelto ya, se dirigió a «l'hort de Travallón» para ofrecerse al tío Ramón como «munitor».

Lleno de gozo comunicó a su madre la solución satisfactoria para todos, de aquel intrincado problema de la vida. Doloretas, siempre temerosa por su chico, tembló a la sola idea de saberle suspendido en lo alto de una palmera con peligro de perderle para siempre. Y Pepet reía, reía por aquellos temores de la madrecita buena, que patentizaban el cariño inmenso que afeccionaba para él. Y desde entonces, todos los días, cuando los primeros fulgores de la aurora tenían de una luz púrpura el lejano Oriente, Pepet se encaminaba, satisfecho de sí mismo, al huerto donde trabajara su padre enfermo.

Con la «córda» al hombro, la «sarranda» y el «servail» pendiente de un brazo, calzando unas rústicas alpargatas de esparto, y con un saco doblado a la cintura, el muchacho escalaba las palmeras que brindaban la delicia del ambar hecho miel. Y en lo alto de aquellas columnatas de ópalo con surtidores de palmas que dicen de una eterna juventud, casi volando en el vacío, aquel niño que sacrificaba sus juegos por ganar unos reales, que serían para los suyos como los remos que no permiten zozobrar a la frágil embarcación de nuestra misera existencia, cantaba, cantaba al amor y a la esperanza, a la alegría y a la ilusión. Y aquella voz fresca, voz de niño que

más bien parecía un latido del cielo, aleteaba con el rumor de los palmares y el piar de los gorriones que revuelan junto a su nidal. El niño cantaba, cantaba siempre con su voz de argento, convertido sin darse cuenta en un Dios, en un Dios que desconoce la fantasía y la ficción ignora; en ese Dios que se llama Triunfo del Ideal y que sube hacia los cielos con el árbol simbolismo de la Juventud Purificada.

Fué una tarde de ventisco. Al azote del viento, las palmas parecían cimeras de plumas que lucieran enardecidos guerreros, dobladas juntamente, y flotando en el aire al galopar de los valientes corceles de combate.

Pepet, con la valentía de un héroe, trepaba como siempre a las palmeras, que balanceaban en rememoranza de aquellos bailes orientales que danzaran las odalisca de un Faraón.

De pronto... se deslizo el nudo mal hecho de la «córda» y, sin dar tiempo al muchacho para afanzarse de una rama, se sintió perdido en el vacío y dió con la tierra húmeda que le recibió con un golpe de muerte. ¡Era el Dios del Triunfo y del Ideal, destrozado por el barro envilecido de las pasiones humanas!

EPILOGO

¿Consolarse! ¿Y cómo? ¡Si la única alegría era el hijo perdido para siempre! ¡Si la única felicidad verdadera quedaba muerta con él! ¡Llorar, eternamente llorar por el amor perdido, era la finalidad de aquella vida de dolor que arrastraban como una vil cadena de castigos!

Con la primavera, floreció la sangre de los granados; el cielo se cuajó de esplendores y lució el sol la divina majestad de su oro todo luz.

Vibraba bullanguera la ciudad de la alegría y del trabajo, arrullada como siempre por los atléticos centinelas de verdes penachos rumorosos.

Salvoret y Doloretas, con el luto eterno del hijo perdido, buscaban un consuelo a sus pesares en la pobre tumba que guarda los restos de él.

—¡Pepet!—gemía el padre triste—mente.

—¡¡Fill del meu córr!!—decía con un largo sollozo la madre quebrantada regando con sus lágrimas la tierra que cubre todo un tesoro de cariño.

Y mientras ella rezaba dolorida, pensaba Salvoret que no vale la pena

de vivir, porque ilusiones, amor, esperanzas, ansiedades, egoísmos, ¡la vida en suma! no son sino polvo... ¡polvo que se pierde sin dejar huella!

Y con el ceceo del ciprés que entrega al aire los verces mechones polvorientos de su cabellera en desorden, parecía escuchar una voz lejana que decía como una exclamación: «...espe... ra... es... pe... ra...»

Antonio Serrano Hernández

La muerte de un angel

Enterados de que había fallecido una de las hermanas que en el Asilo de Aspe ejercen la santa misión de cuidar a los ancianos allí cobijados, dirigimos nuestros pasos a este lugar sagrado y pronto pudimos conversar breves momentos con la angelical y bondadosa superiora que dirige esta casa.

Con dulce voz, a la par que reflejándose la tristeza en su rostro perfecto y virginal, nos decía: «¡Pobres hermanitas! Tenía 21 años... Se llamaba Paulina Navarro Aguilón... Era natural de Caudete... Ha sufrido por espacio de dos meses una cruel meningitis y en este tiempo no se le ha oído una queja... un suspiro... Resignación de santa ha sido la de esta mujer.»

Nos ofrecimos a tan amable superiora y nos dijo: «Gracias... Ya hemos hablado con el vecino herrero Páco, que siempre está dispuesto para hacer un bien por esta casa, para que prepare los hombres que tengan la caridad de conducir sobre sus hombros el cadáver de la hermana.»

Solicitamos permiso y pasamos a la pequeña celda convertida en capilla ardiente.

Allí descansaba el cuerpo de la heroína, vistiendo el hábito de Carmelita y cubierta por multitud de blancas flores, símbolo de la pureza de su alma.

Salimos del Asilo y no pudimos por menos que meditar... ¿Qué sería de los pobres ancianos, si estas mujeres, verdaderos mártires del amor al prójimo, no les atendieran con su dulzura y cariño?

Ellas desprecian los halagos y placeres que el mundo les ofrece para suavizar los últimos días de los ancianitos que, unos sin hijos, otros abandonados por los que debieron besar sus frentes donde marcadas llevan las huellas de los mil trabajos y sinsabores que pasaron en sus largos años, se ven abandonados en medio del arroyo sin tener una voz que les diga ¡padre!...

Esta es la misión de estas mujeres: servir de báculó al anciano desvalido: enjugar sus lágrimas; hacer sonreír sus pergaminosos labios; cubrir, en fin, todas las miserias de esta sociedad despreocupada y corrompida.

¡Gloria! ¡Gloria a estas Hermanas de la Caridad!...

Se celebró por la tarde el entierro y como acompañamiento iban seis hermanas de la misma orden, presidiendo el padre de la difunta, don Genaro Candela y los ancianos asilados. En segundo término una docena escasa de hombres de buena voluntad, de sentimientos, de gratitud...

Allí no estaba «ningún elegante señor» de los que sólo hacen alarde de su filantropía en el camerino del teatro, deshaciéndose en galanteos ante la bonita cara de una mujer.

P. Pito

Imp. particular LOS PUEBLOS. — Alicante